

Los clubes deportivos

Los clubes deportivos de fútbol hicieron de mi infancia y juventud una experiencia muy feliz y diré que más de alguna lección de vida se las debo a ellos ya que eran instituciones que ofrecían una buena convivencia entre amigos y las familias. Basta pensar en los paseos fuera de Santiago, aquellos de levantarse a las cuatro de la mañana para ir o a la playa o al campo donde "jugaríamos" con el equipo local, para darse cuenta de su valiosa función social en el barrio. Para muchos en el barrio estos paseos eran las únicas vacaciones que nos podíamos permitir en años de intenso trabajo. Jugar al fútbol en el barrio no se requería de grandes gastos. Simplemente tener entusiasmo para darle a la esférica. Es verdad que había algunos guatones en el barrio pero gracias al fútbol callejero nuestra callejera comunidad futbolera se mantenía físicamente en forma y mentalmente alerta ya que para dominar la pelota en las canchas llenas de hoyos y tierra se requería desarrollar una habilidad especial para los eventuales imprevistos que tomara la pelota.

Estos clubes tenían en "la secretaría" un lugar de encuentro que para muchos era casi una segunda casa. En ellas se hacían varios tipos de actividades y fiestas como los famosos 'malones' (comidas). La secretaría, era abierta cada noche por un encargado desde las 6 de la tarde hasta más o menos las 11 de la noche. Esta secretaría consistía en un cuarto arrendado sin baño. Habían dentro muchas mesitas y sillas donde los socios podían jugar al dominó o a las cartas y con estas, juegos tan divertidos como el tele, la brisca, el siete velos, y el monte. Todos estos juegos eran muy populares. Yo hablo de estos juegos pero la verdad es que mi padre me prohibía jugar a lo que él llamaba juegos de azar. Un juego muy notorio por aquellos años, más o menos 1956 - 1965, era jugar a la lota. Me imagino la palabra "lota" viene de lotería.

Al centro de la secretaría encontrábamos la mesa de ping pong donde cada cierto tiempo durante el año, se llevaban a cabo torneos de ping pong entre los socios. En este placentero juego se destacaba, como en el fútbol, Carlitos Duran. En 1995 fuimos a Chile y visitamos a Carlitos en su lugar de trabajo en la calle Matucana con Catedral muy cerca de la Quinta Normal. Carlitos, llamado en el barrio cariñosamente "el capitán piñen", se ganaba la vida honestamente en las micros de Santiago aunque con muchas dificultades porque 'los pacos', según nos dijo, no lo dejaban que hiciera lo que él podía hacer: subir y bajar corriendo de las micros en movimiento para vender sus helados. Me sentí muy alegre de verle y de presentarle a mi familia que le conocían de nombre. Cuando le dejamos, después de haber compartido unas horas en un café, sentí vergüenza de ser ciudadano de un país como las huevas y tristeza de saber que mi amigo de infancia había quedado "fuera é cacho", igual que otros millones de chilenos, del gran diseño país iniciado en la época dictatorial de Pinochet y continuado aun con más ganas en la época de la Concertación. Me gustó que Carlos trabajase con mucha dignidad como lo ha hecho desde siempre, sabré yo, que los pobres tienen mucho orgullo. Mis hijos y mi mujer no solamente habían conocido a un querido amigo de mi niñez sino que también a un gran trabajador y un buenísimo jugador de fútbol de barrio. Carlitos Duran era en su tiempo un gran "pichulero" nombre que se le daba en el barrio al que era bueno pa'cer alguna maestría con la pelota.

La secretaría estaba decorada con fotos de futboleros profesionales pero sobre todo con los futboleros del barrio y pertenecientes a diversas épocas. Además en las paredes de la secretaría podíamos encontrar repisas llenas de relucientes copas o trofeos ganados por el club en los campeonatos o partidos amistosos. Cada miembro del club pagaba una cuota semanal o mensual que servía para los gastos: pagar el arriendo de la secretaría, su

mantenimiento y para comprar accesorios deportivos: camisetas, pantalones, medias, pelotas y reunir dinero para pagar las inscripciones de los tantos campeonatos de liga etc.

Una de las posesiones más valoradas del club era una pequeña radio apoyada en una repisa de madera, y un equipo musical con audio parlantes para poner músicaailable a todo chanco en los bailes organizados en las calles para las navidades y el año nuevo. Estos bailes se organizaban en las calles con el permiso de los carabineros (¡Los pacos!), en nuestro caso, con el permiso de la séptima comisaría de Santiago ubicada en la calle Herrera. Los futboleros del barrio pedían permiso a los 'pacos' para seccionar la calle con pintura blanca y que posteriormente sería la pista de baile que quedaba ubicada frente a la secretaría. (Cuando escribo esto me viene en mente la secretaría del Ciclón Esperanza mítico club de mis años en la calle esperanza). En la parte de arriba de "la pista de baile" los voluntarios ponían, sujetadas a los árboles o los postes de luz, filas de luces y decoraciones de colores que le daban a la calle un encanto mágico de fiesta y alegrías. Estos bailes comenzaban como las nueve de la noche y era cuando se ponían las sillas alrededor de la pista. La gente de todo tipo bailaba boleros, tangos, cha cha cha, rock and roll, cumbias o simplemente rancheras mexicanas. Los bailes duraban toda la noche y el club vendía vino y gaseosas. Hay que recordar que había gente que venía al baile de otros barrios y quizás por resquemores de curaos, el baile, a veces, terminaba abruptamente por alguna frívola pelea. El alboroto que se formaba era considerable. Todos los del barrio estábamos acostumbrados a los bochinches de curaos. Como hay que admitir que en el barrio había muchos bochincheros, también hay que saber que estos bailes eran bien organizados por los buenos dirigentes del club quienes eran personas serias y respetadas que con esfuerzo, buenas palabras y psicología, lograban que todas las personas del barrio disfrutaran de las fiestas navideñas y de fin de año.

En la secretaría había una radio y todavía me parece ver a Pato escuchando, con la oreja parada al lado de la radio, la buena música de entonces: tangos, boleros, valeses peruanos, cha cha cha, y las rancheras mexicanas. Estas eran una de las tantas músicas favoritas de los futboleros. Carlitos Gardel y Lucho Gatica, uno argentino el otro chileno, eran algunos de los ídolos preferidos. Sin embargo, por ahí por los años sesenta, hizo su aparición el rock and roll, las cumbias colombianas y los buenos cantantes y conjuntos musicales chilenos de la nueva ola muchos con nombre en inglés: Los Carr Twins, Los Ramblers, Danny Chilean, Alan y sus Bates, Buddy Richards, etc. etc. A mí siempre me gusto la Brenda Lee y tantos otros cantantes norteamericanos incluidos Paul Anka y Elvis Presley, uno canadiense el otro estadounidense. Si a los chilenos le gustaban ponerse nombres en inglés un escocés, de nombre Robert Inglis, hacia lo contrario: Roberto Inglés vivió y murió en Chile. Venía del Norte de Escocia de una ciudadela llamada Elguin lugar donde he cantado. Roberto y su orquesta acompañaron a muchos artistas chilenos por ejemplo a la gran Mona Bell quien cantaba esa bonita canción El Telegrama.

El vino y las cervezas eran los alcohólicos de los futboleros mayores. La papaya, la bilz y la Pap eran las bebidas de los futboleros menores. La marihuana no existía en los libros de los futboleros de barrio de aquellas épocas. (Años sesenta). Esta apareció con la época hippie en los 70. Se fumaban los Particulares y los Ideales. Yo no fumaba ni decía garabatos. Cantaba en la calle haciendo sonajeras con cajas de cartón. Era mi diversión. Me creía todo un Patricio Salazar, el de Los Primos quien vivía en Esperanza entre Mapocho y la calle Andes cerquita la fábrica de guitarras Tizonas.

Aquí, en las secretarías de estos clubes de barrio, nació en forma natural mi costumbre, que hasta hace unas décadas atrás, era muy chilena y ciudadana: la idea de aprender a votar democráticamente por alguien para que llevara las riendas de nuestro país. Ya sea votar en

elecciones libres para elegir un regidor, un diputado, un senador o un presidente de la república. Nosotros en el club votábamos democráticamente para elegir la directiva del club. Lo que nunca aprendí en los clubes de barrio fue votar por futboleros dictadores. Yo aprendí que en el fútbol existen los dictadores. Basta pensar en el entrenador argentino Daniel Passarella, quien exigía a sus jugadores, aquellos que asistieron al mundial de fútbol de Francia 1998, de cortarse el pelo so pena de no admitirlos en su selección si no lo hacían. El jugador Redondo no le aceptó la 'pará 'a Passarella y no fue a Francia.

Uno de los clubes deportivos que dieron sabor a mi vida futbolística cuando niño fue El Unidos Venceremos. Mi primer club callejero. Fui miembro fundador y funcionaba en uno de los tantos cité de la calle Esperanza. Era el club de los "pequeques" de 6 a 10 años. El corazón organizativo de este club eran los hermanos y hermanas Jerez. Estas últimas eran mujeres muy buenas mozas que nos hacían gustosos "queques" para rifar, como una manera de recaudar fondos para el club. De este club siempre fui el arquero y su secretario. Para ser secretario en el Unidos Venceremos había que demostrar con una tiza, y en el suelo de la vereda de la calle Esperanza, que uno podía escribir. El Unidos Venceremos estaba organizado en torno a un presidente, un tesorero y un secretario. Su objetivo era jugar "pichangas" en la calle con grupos de niños de otros barrios. (Partido de fútbol jugado en la calle con una pelota de trapo). Nuestro club no era un para presentarse en una verdadera cancha de fútbol. Lo era para jugar fútbol callejero. Sin embargo, nada nos quitaba el derecho de tener una aureola formal: teníamos entrenamientos regulares a "pata pelá en la calle, juntábamos dinero para comprar y tener camisetas y teníamos nuestras pequeñas fiestas. Los hermanos Jerez, Armando, Luis y Miguel para ser exacto, eran los responsables de todo esto e invitarnos a su casa, en un bonito cité de la calle Esperanza, para ver dibujos animados hechos por ellos mismos y ser proyectado en una "cámara cinematográfica" de madera diseñada por ellos. (La cámara era una caja cuadrada de madera con una luz adentro y otras cosas como, manivelas y vidrios de engrandecimiento) Todo esto era para mí algo muy especial y muy estimulante por la buena voluntad, la candidez y el ingenio desplegado hacia nosotros por los hermanos Jerez.

Después de cada pichanga venía el partido más importante y peligroso. Era el partido de los "los peñascazos". (Tirarse piedras para hacerse daño). Los que comenzaban con los peñascazos eran generalmente los del grupo perdedor y las piedras abundaban porque había sitios eriazos y calles no pavimentadas como la calle Yungay. Por aquellos años del Unidos Venceremos ya existían otros clubes organizados a los cuales ingresamos cuando éramos jóvenes. Mi padre me hizo socio de El Ciclón Esperanza cuyo corazón era Juanito Cepeda un hombre de ojos azules muy serio que siempre andaba en bicicleta y que tenía un gran parecido a Kirk Douglas. Juanito era un gentleman y bueno para el fútbol. Había también en nuestro barrio, calles de Esperanza, Yungay, Mapocho, Libertad, Herrera, otros clubes como El Grupo Móvil que pertenecía a la calle Yungay y el Vizcaya que pertenecía a la calle Libertad y por lo tanto rival de los dos primeros. En mis últimos años en Chile fui el arquero del Real Madrid, un club de fútbolito. No sólo fui arquero sino que también miembro de la directiva.

Si tengo que decir unas pocas palabras acerca de estos clubes yo diría que a la distancia del tiempo estos nombres de clubes me sugieren muchas cosas. Me sugieren la idea del deporte callejero. De darme cuenta que vengo de un barrio donde había tantos y tantos niños, mucha gente grande y una gran interacción entre niños y adultos. Yo era el arquero predilecto en las pichangas de los adultos. Pero además de esto, los nombres Unidos Venceremos, Ciclón Esperanza, Grupo Móvil, Real Madrid, y Vizcaya me sugieren vitalidad, energía, movimiento, solidaridad, amistad, alegría y España. Pero como yo conozco algo de las historias de los

miembros de estos clubes de barrio diría también que los nombres de estos me sugieren al mismo tiempo otro tipo de sentimientos : trabajo, esfuerzo, pobreza, tristeza, alcoholismo, desempleo, desesperación , ingenuidad, sentido del deber, rabia, peleas y, por supuesto, los "piedrazos" y muchas patadas en los tobillos. Como la vida tiene muchas vueltas, en los años 74 y 78 me encontré jugando fútbol en la ciudad de Glasgow en incontables partidos entre chilenos, escoceses y latinoamericanos.

Todos estos son recuerdos de fútbol que hicieron tan feliz mi niñez y mi juventud. Pero aun hay más recuerdos. El que se cambiaba de club era "un maricón". Cada uno de estos clubes tenía tres equipos. Tres de adultos y tres de infantiles. Los primeros jugaban en la tarde, los segundos en la mañana. El barrio tenía grandes jugadores: Juanito Cepeda, el Rene Meléndez, Carlitos Duran, el Perico, el pelao Osvaldo, el chamelo, el Lazcano, el chueco Anselmo , el pillá la bala, el Omar, el Choche, el guatón Nelson, el Lalo, los hermanos Jerez, el Lija, el negro José, el campeón.

Hay tres imágenes de tipo anecdótico que aun me rondan en la cabeza: Me acuerdo de las canchas terrosas de Balmaceda cerquita del puente Bulnes y la perrera. De este lugar me acuerdo de 'Calambrito' quien me hizo un gol muy torpe y perdimos. Fue de media cancha , de rebote y por arriba de mi cabeza. Calambrito al hacerme un gol, permitió que algunos de amigos me huevearan por una semana y Calambrito, llamado así el día del partido por Iván Gutiérrez, el lija, vio lo que algunos de nosotros no había visto: un joven muy flaco y tembleque. A estas canchas de fútbol y porrazos nos llevaba muy de mañana, a jugar por las infantiles, el guatón Cajas papá del Rene Cajas (El Pelucón). Era curioso ver al guatón los domingos, y desde lejos, caminado ágilmente por la calle Esperanza hacia Yungay con un prominente saco blanco equilibrándose en su cabeza como lo hacen las mujeres africanas en sus pueblos. Esta costumbre la tenía también la Señora Luchita, la menudita mamá del negro. Dentro del saco venían muy limpias las camisetas de las infantiles que el Guatón Caja, con voluntad de fierro, se encargaba de lavar y planchar durante la semana. Era él quien con su entusiasmo y buena voluntad nos llevaba "a la cancha" a divertirnos con el fútbol.

En más de una pichanga jugaron con nosotros 'el Chaucha' sobrenombre que dábamos a René Hormazábal (La Católica) y hermano del famoso Cua Cua Hormazábal (Colo Colo) conocido también como el "cuarenta". Cua Cua Hormazábal es perfectamente el personaje que le hubiera gustado haber incluido Eduardo Galeano en su magnífico libro El Fútbol, a Sol y Sombra.